

Del filósofo

POR ARMANDO ROMERO

Ya poco queda del filósofo en la cantina. Pedazos, retazos. Le faltaba un pie, una pierna al filósofo. Un brazo, una mano. Pocas cosas: un cenicero, la huella de su uña en la madera, el rastrillar del zapato. Limitados a verlo de esa forma era como un cristal en la ventana descomponiendo la luz, irritándola, arañando las paredes donde el papel reproducía figuras borrosas, como ahora el filósofo, arriesgándose a no ser, a irse entre volutas.

Las pocas personas que prestaban atención a la presencia del filósofo, a más de nosotros, también desaparecieron. Luzmila, quien una vez le dio con el plato y su sonrisa en plena cara, se limpió las manos en el delantal, esos dedos rojos de lavar loza, y salió del cuadro, y aunque se presumía que estaba allí, ya nunca más se la pudo ver. El árabe, conocido como el turco, el libanés, el judío, el infiel, el maldito que se lleva la quincena entre las telas, también se fue con los vientos, pasó el umbral, al sol, y se perdió calle abajo, carreta en mano, nunca volvió. Alonso Aguado, borracho entre las patas de las mesas se convirtió en tres o cuatro tapas de cerveza cuando volteamos a mirar. Asimismo vieron al filósofo otras personas que encontraron la nada como un perrito amarrado al poste del alumbrado, y por ello sufrieron y se desvanecieron.

Que el filósofo hubiera perdido las extremidades es una historia singular que uno no puede narrar sin detenerse en el pensamien-

to como frente a un semáforo. La historia era que a cada idea que tenía el filósofo le apostaba un pedazo del cuerpo. Tan convencido estaba de la verdad de sus argumentos. Así, a la idea de que el viento estaba compuesto de dos partes iguales con distinto peso y volumen, la cual hacía descender de los antiguos helenos, le tiró al azar la suerte de sus dedos y por consiguiente su mano, y la perdió cuando el viento del amor único le traspasó la camisa y le arrulló el corazón. Él decía, contento, que esa vez casi apuesta la cabeza.

Un pie por la caída de los cuerpos como razón de la inmanencia del alma; toda una pierna por los negocios turbios de la fe y la esperanza; el hígado por la transubstanciación de los cuerpos; el apéndice por la infalibilidad del Papa. No sabemos a qué extraña razón apostó a Luzmila y a los otros.

Poco queda del filósofo en la cantina: cenizas, los garabatos de su uña en la madera, el rastrillo de un zapato contra el suelo. Afortunadamente no tuvo tiempo de tener una nueva idea por nosotros, o tal vez supuso que no valíamos el hilo de su pensamiento. Y aunque esta reflexión es triste, nos permite saborear el gusto de una victoria.

El arquitecto

Podríamos llamarlo el Arquitecto, el Cubista, el Geómetra; cualquier apelativo iría bien con Arsecio, el hombre que lo veía todo en líneas. Al levantarse por la mañana, Arsecio no veía los pliegues de sus sábanas y cobijas sino una multitud de triángulos escalenos, isósceles, rectangulares y equiláteros; en el cepillo de dientes encontraba la ley de las paralelas y en el dentífrico un día un hexágono, otro un heptágono, todo dependiendo de la marca y el tamaño; sus zapatos eran cubos y sus pies poliedros de cuatro caras. Para llegar a la cocina tomaba una línea mediana y de allí al comedor y a la sala iba en triagonal, aunque al pasar de un cuarto al otro experimentaba ese cambio de dirección que duplicaba su imagen creando una doble refracción donde el rayo incidente y el rayo refracto y la línea normal abandonaban el plano de incidencia logrando así quebrar las imágenes en miles de astillas, como rectas que iban de un punto al otro por el camino más corto y quedaban dentro de la casa cuando Arsecio abría el cuadrilátero de la puerta, que entre base y altura medía las verticales de su cuerpo.

Siguiendo una línea curva con puntos equidistantes a un punto fijo, el cual hacía de foco, y a una recta fija, directriz, Arsecio se las ingeniaba para llegar a las hipérbolas paraboloides proyectadas en cinco pisos que era el banco donde trabajaba como vigilante nocturno. Describiendo rombos perfectos en un ala del edificio, que era un paralelogramo, y luego construyendo con fidelidad esa curva sin cerrar que se aleja cada vez más de su centro, Arsecio completaba espirales que por error y necesidad devenían una esfera armil-

lar pero que él quería ver, obstinado, como la esfera de Saturno, y que sin embargo no era otra cosa sino una curva cerrada, la cual resultaba al cortar un cono con su ir y venir por el plano del edificio cruzando así todas las directrices.

Era la soledad de sus noches la que lo entretenía; soledad que un día admiraba como un coseno o una cosecante, dada su particularidad de saber moverse en distintas direcciones. Nada pasaba y él hacía su ronda cotidiana suponiendo que eran para siempre los ángulos correspondientes de su vida.

Sin embargo un día oyó un extraño ruido desde los fondos paralelepípedos y arma en mano, como escuadra que traza perpendiculares, descendió a los planos inferiores. Una luz que lo hizo visible como figura en el espacio le cayó por el cuerpo y a la voz de "no te muevas, quédate quieto o te freímos", levantó el arma. Pero antes de que su dedo índice vertical se encogiera en horizontal y se cerrara en una semicurva sobre el gatillo, una bala vino hacia él en línea recta. En este preciso momento es indispensable tener en cuenta la acción de las fuerzas exteriores que obran sobre el proyectil durante su movimiento, y especialmente la gravedad que lo atrae hacia el suelo. Fue pues necesario, para alcanzar el punto determinado en Arsecio, que el intruso dirigiera el arma según una dirección o línea de tiro sensiblemente elevada sobre la horizontal para compensar la acción de la gravedad sobre el proyectil.

Fue un solo instante por lo cual Arsecio perdió la única posibilidad en su vida de saber que la línea de puntería, que unía el ojo del intruso con él, estaba determinada por una recta que pasaba por la cúspide del punto del arma y el fondo de la muesca del alza, y que la bala daría en el centro de su corazón, en el mismo sitio donde dos triángulos equiláteros invertidos se encuentran.

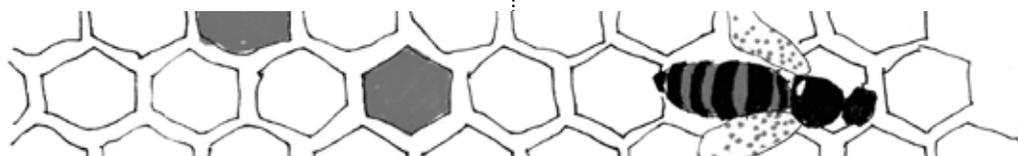
Los rinocerontes

A los rinocerontes los dejaron al final de la cola. Nadie sabía dónde meterlos. Todos fuimos pasando, uno a uno, por la puerta estrecha, pero ellos no pudieron entrar. Bajaron la puerta de sus goznes pero tampoco. Quitaron el marco, imposible. ¿Qué vamos a hacer con los rinocerontes?, preguntó uno. No hubo respuesta. Era obvio que no podíamos seguir adelante si no pasaban los rinocerontes. Hacía calor en el cuarto y algunos empezamos a sentirnos molestos. Los rinocerontes, al sol, estaban quietos y parecían no darse cuenta. Yo dije que por qué no los metíamos por el techo, "al fin y al cabo un tragaluz más no importa". Y así lo hicieron. Ya adentro, los rinocerontes nos miraban con rostro agradecido. Entonces nos fuimos y los dejamos allí. Todavía no se ha inventado un buen método para sacar de ese lugar a los rinocerontes.

Constructor

A Jaime García Maffla

Es necesario que diga cómo construí el mundo. Con la tijera mi madre había ido cortando esas trizas de verde que yo plantaba: árboles de una selva que la suerte podía desflorar de un manotazo. Hacer una cascada no era el problema sino el brillo que la consumía. Como ríos navegaba el papel de estaño de los cigarrillos y con el cartón de las cajas se levantaban cerros que el dedo hurgaba en busca de cavernas para las hormigas. Las casas tenían manos como banderas desde las ventanas. Había puesto musgo y epífitas como borrones de tinta entre los campos, y en el cielo ese sol que era el bombillo de la sala. Así construí el mundo que podía recorrer de un solo paso, acariciar con la mirada desde mi cuarto. Así pude vencer el estremecimiento y dar aviso de lobo a los pastores que lo poblaban con sus ovejas de palo.



La tía Chinca

A Antonio Zibara

Nunca hablé de mi tía Chinca por miedo a su silencio. Recuerdo esas largas oleadas de humo que venían desde la última pieza, la que daba al patio, y que eran producto de sus cigarros baratos. Ella los fumaba allí, en lo oscuro, como quien saluda

al infinito. No sé cómo era su voz porque nunca me dijo una palabra de rabia ni de cariño. Tengo memoria sí de sus vestidos negros y de sus babuchas gastadas por un caminar de no sé dónde. Nadie me dijo qué hacía mi tía Chinca los domingos o si tuvo amores secretos, pasiones violentas, encuentros fortuitos. ¿Qué hacía mi tía Chinca sentada sola en el patio? Cuando pasaba a

mediodía por la sala, donde toda la familia se reunía a oír las canciones de Pedro Infante, mi tía Chinca dejaba una estela de cenizas y escombros como si lentamente se estuviera deshaciendo. Pero nadie lo notaba, o ¿era yo sólo el que descifraba las manchas que dejaba en el espacio? Dicen que murió pequeñita, como una torcaza, y que con ella enterraron también su silencio.

De los trenes

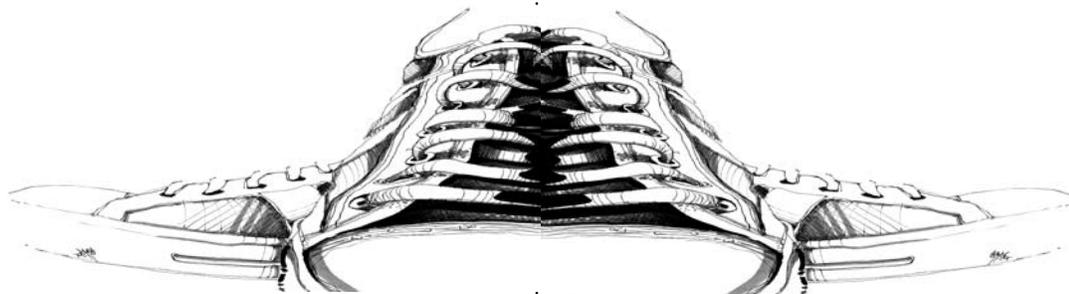
A Diana

I

De otra cosa no podíamos hablar sino del tren que por el cañón del Dagua nos llevaba hasta el mar. Era el tren más largo que sus pasajeros y siempre andaba como fracasando por las cuestas porque el humo era tan rápido que precedía a la locomotora. Sin embargo, al enfiar por el cañón de ese río profundo airaba sus ruedas con espantosos chirridos, y los pájaros que dormían sobre los durmientes espantaban la yerba con el tropel de sus alas para dar paso al meteoro. En la mañana dejábamos una y otra estación desierta por la lluvia y el calor, y nos enrumbábamos al hueco tentador del mar y su puerto. El fin del viaje era un paisaje de mujeres que desafiando el carbón encendido de la máquina, venían a imponernos silencio con el estrépito de los frutos de sus cabezas.

II

Ya fuera en los escaños de la cocina o en la soledad del portón hablábamos interminablemente del tren y sus pasajeros. Pero la verdad era que no había más que un solo tren y era ése el de los sueños, y nadie nos iba a despertar a la realidad de piedras encadenadas con bejucos. Si queríamos imponer el tren pitábamos con él y con toda el alma por la casa y pronto estábamos en marcha, y el tren viajaba sin tropiezos por la sala y salía del largo túnel del pasillo a la boscosa luz del patio. Viajábamos todo el día tirando carbón a la caldera o repartiendo barriles de leche fría desde el furgón del correo. Por la tarde regresábamos como de otro mundo, bañados por el sol del trópico y con los dedos ennegrecidos por la fricción de las piedras. Habíamos abandonado el tren con su destino al fondo del patio, donde empezaba el mar a cubrir de prisa y óxido sus olas.



Armando Romero (Cali, Colombia 1944). Perteneció al grupo inicial del nadaísmo en Cali. Viajó y residió en varios países de América, Europa y Asia, entre ellos México y Venezuela. En Grecia escribió su primera novela, *Un día entre las cruces* y el libro de poemas, *Cuatro líneas* (2002). Entre sus libros figuran: Poesía: *El poeta de vidrio* (Caracas, 1976); *A rienda suelta* (Buenos Aires, 1991), *Hagion Oros- El Monte santo* (Caracas, 2001), *A vista del tiempo* (Medellín, 2005); Cuentos: *El demonio y su mano* (Caracas, 1975); *La casa de los vespertilos* (Caracas, 1982); *La esquina del movimiento* (Caracas, 1992); *La raíz de las bestias* (México, 2005); y las novelas: *Un día entre las cruces* (Bogotá, 1993); *La piel por la piel* (Caracas, 1997) y *La rueda de Chicago* (Bogotá, 2004).